

PRECIOS DE SUSCRIPCION

En la Peninsula UNA PESETA al mes.
Extranjero 7'50 PESETAS trimestres.
Comunicados á precios convencionales.

Redaccion y talleres: S. Lorenzo, 18

JUEVES 7 DE NOVIEMBRE DE 1901

PRECIOS DE LOS ANUNCIOS

En segunda plana. 00'50 pesetas línea
En tercera. 00'10 id id.
En cuarta. 00'05 id id.

Administracion: Saavedra Fajardo, 15.

EQUIPOS PARA NOVIAS RUIZ DE VELASCO

Montera, 7, Madrid

Casa especial en toda clase de ropa blanca. Modelos de la más alta novedad en camisas de día y de noche *suit de Lili* y enaguas de vestir.

Especialidad en juegos de cama y mantelerías con incrustaciones, bordados y encajes.

Colchones de muselina de la India confeccionados con cintas, entredosos y calados estilo modernísimo.

Todas las ropas se cosen y bordan á mano.

Precios fijos

SE ENVIAN CATÁLOGOS

EN ESTADO DE ALARMA

La situación que atraviesa España es la más crítica de su historia. No hay nada, ni en las épocas más calamitosas, que á ella se parezca, y sería muy difícil encontrar un período análogo ni en los días más tristes de las dominaciones más funestas; porque siempre, en medio de nuestras grandes desdichas se ha vislumbrado un rayo de luz que ha guiado la opinión y alimentado la esperanza. Más ahora dónde está esa orientación, ni qué puede fortalecer el ánimo con la ilusión de un próximo mejoramiento? Existe, no obstante, y lo vamos á decir con toda claridad al final de estos renglones.

El cuadro por todo extremo sombrío que ofrece el Reino lo hemos trazado no há muchos días, y antes de que todos los males que están á la vista salieran á la superficie. Hicimos el análisis de las causas y lógicamente pronosticábamos lo que no podía menos de suceder. Pero la realidad ha superado nuestros pronósticos, y aunque no somos de los sorprendidos por este total fracaso del Gobierno del Sr. Sagasta, ni por la aparición súbita de este desastre de la política interior, no ocultamos que nuestro ánimo participa del temor universal de que la catástrofe llegue á ser inevitable.

La opinión está alarmada, y á todos los espíritus los embarga la zozobra y el temor.

Ocho meses de eclipse de todo Gobierno como remedio á los males que produjo el funesto ensayo de la política silvelista, que todo lo desquició y trastornó, no podía producir otro efecto que el que ya se ha producido.

No hay Gobierno. En su lugar reina la confusión de todos los poderes y potestades del Estado. El poder Real, el poder ejecutivo y el poder legislativo están confundidos. De ahí procede que se pida á la Corona lo que se debe pedir á las Cortes, y que se pida á las Cortes lo que se debe pedir al poder ejecutivo. La confusión es inmensa y verdaderamente caótica. ¿Cuál es la causa?

Los pueblos, las provincias, las clases, los intereses que se han visto abandonados un mes y otro sin un gobierno regular que los ampare, al sentirse víctimas de tan vergonzoso abandono, acusados además por el viento de todas las malas pasiones desatadas, se ha dirigido á lo que creen subsistente, y por eso unos acuden al Monarca, y otros á las Cortes y algunos al Gobierno. Capitales como Sevilla, donde el vecindario no sabe hoy si mañana verá asaltadas sus moradas por las turbas. Regiones como la gallega, que no sabe qué suerte se le reserva á su industria, porque ignora quién triunfará al fin, si el señor Urzáiz ó el Sr. Montero Ríos. Sociedades tan poderosas como la Trasatlántica, que no sabe si podrá mover sus barcos de los puertos donde una huelga los ha convertidos en pontones. El Ejér-

cito sin organizar. La Marina ofendida. El profesorado disuelto. La iglesia escarnecida y los prelados poco menos que apedreados. ¿Qué han de hacer, después de ocho meses de eclipse de todo Gobierno?

Cansados todos de pedir al Sr. Sagasta lo que este respetable hombre público no puede dar, porque carece ya de energías y careció siempre de ideas de Gobierno, al menos de aquellas que nosotros juzgamos fundamentales; viéndole además enfermo á achacoso, rodeado de nulidades insignes que han pretendido plaza de reformadores á fuerza de trastornarlo todo; sumido y acosado de todo linaje de disgustos, de ambiciones bastardas y de disidencias enconadas, ¿qué extraño es que los pueblos, las provincias, las clases y los intereses que claman en el desierto, pidan á quien no deben pedir? Y si además de esto se tiene en cuenta que el deshacimiento de toda esperanza es definitivo, porque lo que ya no hizo este Gobierno no lo hará aunque le dejen vivir años y años, ¿á quién puede sorprender la alarma que reina en toda la nación? A nadie.

LOS ÚNICOS

Grande, profundo, sublime y de actualidad, ha sido el discurso pronunciado en el Congreso por el catedrático de la Universidad de Oviedo. Con su portentosa elocuencia ha abarcado todos los temas de los que ocupan lugar preferente en la hora de ahora en la española política, ha hecho un conjunto de todos y uno por uno los ha ido estudiando con profunda calma y con la justicia que se merecen.

La cuestión religiosa, en su aspecto de las congregaciones; la cuestión social y la promesa ó amenaza de la dictadura, por último, han ocupado lugar preferente en la hermosa oración de Melquiades Alvarez; presentando á entrambos problemas con claridad suma; atacándolos en su parte mala y espaciando su claro criterio sobre lo que huelga hacer á todos aquellos que pueden hacer algo por aminorar las desdichas tantas que hoy acorralan á la hidalga nación española.

Punto por punto destajó los tres asuntos de actualidad, para luego tenerlos, hacerlos nuevos completamente, como los ha menester España y como precisan que sean.

Y mientras que el gran Melquiades Alvarez, lo analizaba todo y todo lo combatía, nadie, absolutamente nadie se levantó en el Congreso para hacer idénticas declaraciones, tan sinceras protestas. Todos tenían miedo de declarar lo que verdaderamente sentían. Ni Silvela, el último paladín del liberalismo, ni Villaverde, el campeón de las congregaciones, hubieron de repetir sus conceptos en pró de la libertad.

Los ministros yacidos cómodamente en el «banco azul» miraban aquel chapuzón de cargos; aquellos períodos de elocuencia y verdades, anonadados, sin fuerza para levantarse y promover algo. ¿Para qué?

Si hombres claros hay en España; si todavía hay sinceridad; Canalejas y Melquiades Alvarez son los prototipos de estas dos preciosas cualidades en los momentos de angustia que nos cercan. Si todavía queda un resto de esperanza

en el pecho de los españoles, es porque aun quedan esos dos hombres en los que confiamos y quizás no sin un resto de desconfianza. Las volubridades de los hombres y en particular del político español, nos hacen desconfiados, que perdamos todo resto de esperanzas y... ¡ay del día en que esto sea un hecho!

Hombres del temple de Melquiades Alvarez y Canalejas, necesita muchos la pobre España; le son precisos. Ellos son los únicos que nos sacarán de tal estado de cosas en que hoy yacemos y lloramos nuestras pasadas glorias y grandezas. De éstos solamente nos resta esperar la luz que ha tiempo nos falta, la que debe iluminarnos y hacernos ver antes la Europa entera, que hoy se ríe de nuestra desgracia.

RAPIDA

Francia quiere á toda costa zamparse á Turquía. Intento que ni poco ni mucho nos puede poner en cuidado, por la sencillísima razón que los pobres subditos de Sagasta y comparsa, moramos, residimos ó habitamos, como ustedes quieran, dentro de la barriga de los panzudos políticos españoles. Poco nos puede importar que Francia mande una escuadrilla á bombardear «la Sublime Puerta» y que «la Sublime Puerta» ó postigo, como ustedes quieran, también, solicite, pida ó exija de Inglaterra el cumplimiento de un tratado que tampoco nos importa conocer. ¿Qué nos puede importar á nosotros que la Puerta ó la sublime Puerta oiga echas pedrazas por arte y gracia de los cañones franceses? Ahora les toca á ellos ya nos rompieron á nosotros la puerta... del camino de las colonias, y como era natural entraron por ella y se las quedaron. Únicamente nos está dando que reconocamos la vejez de Sagasta, las marrullerías de Méret, los discursos de Silvela y las trampas de las elecciones, fuera de esto, que es mucho, lo demás nos importa un bledo... Y si no, preguntarlo á Juan del Pueblo individuo ó sujeto muy versado en estos achapues.

CUATRO PALABRITAS DE CRÍTICA LITERARIA

LAS INGENUAS

A Augusto Vivoro

Hoy cogió la pluma amigo estimable, con el propósito firmísimo de exponer mis ideas (quizá algún tanto atrevidas) sobre un novelador honra de las letras españolas: Felipe Trigo.

Y ocurriésemos dedicarle este mal perjeñado artículo, por dos razones de capitalísima importancia para mí: la primera: que á su amabilidad de usted debo la lectura de la obra más realista de nuestro moderno arte castellano: y la segunda, (quizá tan primordial como la antecedente) en que contraje con V. deuda sagrada de encomios y enhorabuena, que se referían á mi insignificante personalidad literaria; enhorabuena y encomios, que agradezco á V., á pesar de que no abrigo la esperanza de que merezca sus elogios un humilde aficionado como yo, que vivirá siempre escondido en la oscura morada de su pobre medianía.

Agradezco á V. en el alma su dedicación de su castizo artículo, 30 del pasado, y cumpliendo con el deber que contraje con mis carísimos lectores, prosigo la labor, (harto pesada, bien lo sé) pero laudable á no dudarlo; y bien digna de alabanzas, si V. me ayudase en la inaudita tarea; mejor dicho: si su pluma bien cortada y su exquisita erudición, se pusieran al servicio del numeroso público que ignora, y de aquel otro que saborea con deleite, las lecturas despojadas de ridículos esqueletos poéticos, y de política chismosa ó soberanamente insustancial.

Y vamos al grano amigo mío. ¿Quién era Felipe Trigo en el difícil arte de la novela?

¿Su nombre, cuándo había figurado en las letras castellanas? Porque no llamo yo tener renombre y deslumbrar como imagen refulgente en la república de las letras, á colocar la firma al pie de unos cuantos artículos, novelitas relámpagos, revistas de salones, ó cosa por el estilo. Y me expreso de tal suerte, porque la mayor

parte de los modernos escritores, que figura en las planas de los periódicos madrileños, no disponen de una labor artística sólidamente cimentada.

Pues bien, desde que oí sonar el nombre de Felipe Trigo, me hice aquella pregunta muchas veces. Y lo confieso, que al terminar esta noche de leer las adorables páginas de sus Ingenúas, alzó á Felipe Trigo en un solo trono, como novelista, sin que figuren á su lado otros de más renombre, por la fuerza de la cláusula, la descripción inimitable y el estilo clasicista.

Ahora bien, ¿qué sensaciones produjo la lectura del gran arte de Trigo? Las más sinceras y profundas que logra producir el arte semiperfecto,

A su alma, le repugna el exagerado naturalismo de Zola y de Gantienz. ¡Quizá tenga razón! porque en ocasiones huele mal; el cieno siempre es cieno, y el olfato lo rechaza.

¿Quién duda que por amante que sea la ardorosa juventud, de la sal y pimienta literaria, al leer las novelas de Zola, «El Matrimonio», «Una noche de amor», «Naná», «La mujer del diputado» y «La señorita Maupin», del gran Teófilo, no retira la vista de la pintura repugnante y el oído del pensamiento desordenado y asqueroso?

¿Ni quién es capaz de apetecer el arte insulente del romanticismo, para que se logre el perfeccionamiento de la novela imprescindible humana?

Yo sostengo sin temores, la aseveración hecha por el bueno de Trigo en las primeras páginas de su obra. Con la modestia laudable del talento, creó el insigne maestro descubrir algo novísimo en su obra. Yo afirmo con la opinión de los más doctos, que en esta calamitosa y atrasada edad en que yace la novela castellana, ha conseguido elevarse sobre todos los escritores del presente, creando un arte apetecible, desnudo de ficción, real, no cultivado por ninguno de los que hoy escriben novelas en lengua castellana.

Aun saboreo con deleite su famoso capítulo de la siesta, en aquel comedor del hotelillo de Alajara; y aquel tan importante de la lucha con los salvajes presidiarios, en la vorazosa noche en que se libró de la matanza; su nocturna salida para Baticola, y el penoso camino de un kilómetro que la necesidad le obligó á recorrer con soberana fuerza de su espíritu invencible, vertiendo hilos de sangre las heridas de la espalda, las de las dos piernas y ambos brazos. Su mágica descripción de la salida del buque y recorrido de este por los mares de esmeraldas; el enfermo que sucumbe, y es arrojado al piélago sin fondo; la niña desvalida é inocente que solloza sumida en su orfandad inconsolable; la calentura abrasadora de Luciano; y la vuelta al pueblecillo de Alajara; los besos que le prodiga su violeta, palpitantes en los labios purísimos de su alma sensible, desnuda y floreciente de pasión.

Pero sobre todas las bellezas de este libro, la que resalta como diamante luminoso de grosura y tallado perfecto, es la inesperada conclusión.

En el final de la novela late el espíritu de Trigo; palpita el escritor necesariamente humano, que copia la realidad de los desencantos de la vida.

Aquella pasión tan acendrada, aquel sáfico cariño que se profesan los amantes, se va desvaneciendo poco á poco contra el fuerte muro del deber ineludible, pues las demás circunstancias que concurren en la acción, vienen á ser hilos casuales que desenredan el ovillo capital.

Y sin embargo, las Ingenúas triunfarán en todas las obras del presente, no siendo hoy conocidas por la masa general de los aficionados al realismo.

Confieso á V., peritísimo escritor, que puse el dedo en la llaga con aseverar la causa prima de nuestra decadencia en el arte literario; y el olvido en que se tienen á nuestros mejores novelistas, al afirmar el poquísimo amor que siente este país empequetado de *marimorrenas parlamentarias y de pan y toros*.

Saludemos mientras tanto desde la esfera de nuestra insignificante medianía, al novísimo escritor que presenta la novela castellana, sin artificios retóricos, ni atavios lamentables; al que se aparta del rutinarismo clasicista, siendo exquisitamente correcto en la expresión; al que sabe difundir con pincel mágico en el lienzo los más variados colores, sin esfumar al desnudo escandaloso las imágenes, ni ataviarlas

con la ropa de el lujo exagerado, (que encubre las más veces podredumbre y mezquindad).

Admirémosle nosotros, y basta por hoy de criterios y de fugenias, que los paladares acostumbrados á la prosa cultísima y chispeante, anhelan quizá otros artículos, que mi estéril ingenio no logra producir, mi sobria ilustración no puede ofrecer, ni mi pluma desatinada se atreve á modelar.

Ayúdeme otros articulistas locales de renombre; aquellos que han producido lo bastante en el campo de las letras. La tarea es pesada; débiles mis energías, aunque la voluntad logre imponerse sobre amargas realidades de la severa razón, y rendimientos del espíritu cansado.

Ayúdeme con su pluma autorizada el único poeta local que ha sabido producir un interesante y aménisimo libro «Cinematógrafo», saboreado con deleite, (en otra esfera literaria de más amplitud que la local) por escritores y poetas de reconocido mérito.

Cimiento V. mi querido amigo, con su peritísimo criterio, las desunidas piedras de esta obra. ¿Faltan energías al autor que supo producir artículos castizos de crítica admirable, y de sabor literario apetecible. Buena contestación á mí pregunta. «Non Servian», «El Dómine», «Por Entregas», «Positivismo» y «Zolito».

¿Quién dudará (exceptuando alguno que otro envidiosillo) que entonces se cimienta la desunida obra comenzada?

Jacobo M. Ma in-Baldo

Nuestra palomita

Ya indicaba ayer que la noche sería fecunda en acontecimientos.

Al anochecer recibimos aviso en el palomar de que en la barbería del Poncio estaban reunidos los principales figurones del sardinerismo y allí fuimos seguidamente las mensajerías en busca de noticias que comunicar á ustedes en el día de hoy.

Tomamos posiciones en los puntos en que suponíamos que la gente se reuniría, y efectivamente, nuestros presentimientos se fueron cumpliendo.

En casa del Mantilla se trabajaba con la actividad de los buenos tiempos en que la casa solariega era respetada y considerada.

Se daban órdenes á todos los cabezaleros para que en unión con los sardineros no consintieran que los *recoberos* lograsen caps.

Los *pimentoneros* celebraban conciliábulo con los *peralejos* para hacer el recuento de fuerzas.

Los *recoberos* que saben les tiran á dar sus antiguos amigos, buscaban alianzas de defensa.

Señalaba el reloj la veinte, cuando vimos entrar á *Huevos males* en la barbería, y le seguimos los pasos.

El Poncio le recibió como siempre, muy cortesmente, pero *Huevos males* que en estos casos las preveo todas, le atajó los pasos, diciéndole: que su visita obedecía á significarle que no aceptaba componendas y que por lo tanto iba á la lucha para perecer ó vencer, en ella, pero á la manera que los boers breguean por su dignidad é independencia.

Los figurones que oían desde la antetala reían á mandíbula batiente, pues hay quien dice que las capas ya están adjudicadas.

—¿Serán ilusiones!...

Lo cierto es que á medida que se acerca el domingo, extreman todos los recursos de lucha lo cual viene á indicar que vá á ser muy empeñada.

Ninguna indignidad se omite, ningún resorte se deja de tocar por los que aspiran á ser agraciados en el sorteo del domingo, y es de temer sorpresas vergonzosas si el patriotismo no se impone para provecho de todos.

Las oposiciones dicen que conocen todos los resortes que se piensan poner en juego por los *tumantes* (ojo cajistas) y están siempre dispuestos á no permitir el más pequeño chanchullo, vigilando, persiguiendo á los que no contentos con venderse por un plato de lentejas, pretenden comprar la conciencia de los demás.

En el mercado de hoy se han vendido á docenas los garrotes con parras. Desconócese el uso á que serán aplicados.

